



EL BACHILLER ALEMÁN

JOSÉ GÁMEZ GONZÁLEZ

Esta es la clase de artículos que uno nunca desea escribir, ya que si cuesta recordar a los amigos perdidos, más doloroso aún es exponer esa memoria por escrito. Tampoco es mi intención realizar un obituario al uso, ya que Adrián Alemán, aparejador, profesor universitario y político, periodista, defensor del patrimonio, escritor y lagunero de pro, era de sobras conocido, por lo que poco más podría añadir.

Pensándolo mejor, algo novedoso sí les puedo aportar, y es mi experiencia personal con él. Por ello, hoy no escribiré en calidad de presidente del Ateneo de La Laguna, ni como empresario. Lo haré como José Gámez, un bachiller adolescente que compartió horas de estudio y tertulias con el igualmente joven Adrián.

Ocurrió hace demasiado tiempo, en un año que es lo de menos. Adrián Alemán y yo coincidimos en unas reuniones de estudio celebradas en casa de un cuñado mío, Salvador de Armas. También se nos unían Juan Bahamonde y Fernando Pulido, así como otras personas que iban y venían de manera más esporádica. Pero el núcleo duro éramos esos cinco.

Fueron tres o cuatro años en los que, llenos de ilusión, curiosidad e inquietudes, alternábamos las duras horas de estudio del Bachillerato, con otras conversaciones no tan duras, pero igualmente largas, en las que dialogábamos sobre lo divino, lo humano, el arte, la historia... Éramos unos jóvenes ya por entonces razonablemente leídos y preocupados por todo esto que se ha dado en llamar “la cultura”, término



difuso donde los haya en el que cabe tanto un verso endecasílabo como una voluta jónica, un compás de $\frac{3}{4}$ o la mancha del carboncillo sobre el papel.

Por tanto, puedo afirmar que conocí a Adrián Alemán antes de que fuera *ese* Adrián Alemán conocido por todos. Y les aseguro que ya por aquel entonces poseía gran parte de las cualidades por las que más tarde sería apreciado. Su afán por la conservación del patrimonio ya estaba ahí, en época tan temprana. Y también su amor por la ciudad de los Adelantados, cuyas calles serían casi una prolongación de sus venas, pues si algo se puede afirmar sobre su persona, es que dentro le latía La Laguna tan fuerte como el corazón.

Tras el Bachillerato, la universidad nos separó y perdimos el contacto durante unos años. Por fortuna, hubo muchas ocasiones para vivificar la vieja amistad y retomar las antiguas tertulias, e incluso llegamos a colaborar en el ámbito profesional, pues en su vertiente de decorador –porque también tenía esta vertiente el polifacético Adrián– llegó a acondicionar una de mis tiendas.

Conocer a Adrián Alemán me sirvió para comprender la diferencia entre habitantes y ciudadanos. Los primeros son esas personas desarraigadas tan propias de las grandes ciudades, que se limitan a subsistir en la urbe de manera accidental, les da igual lo que les rodea, y tanto les importaría residir en donde lo hacen como en otra parte del planeta. El ciudadano, en cambio, siente cada adoquín de la acera, conoce cada callejón recóndito, ama y, sobre todo, respeta y mimra la ciudad en la que habita.

Adrián fue un auténtico ciudadano de La Laguna, un lagunero de esos que son tan patrimonio de la ciudad como puedan serlo la torre de la Concepción o la Casa Lercaro. El ciudadano es el alma de las urbes, lo que le da razón de ser y quien, en los momentos difíciles, aporta la fuerza, la energía y el espíritu necesario para solventar las dificultades que experimente la ciudad.

Fue durante el Renacimiento cuando nació el concepto de “orgullo cívico”, pues fue en esa época cuando la ciudad se convirtió en el centro de la vida de las personas. Es lógico que una ciudad nacida en el Renacimiento haya sido pródiga en ciudadanos que han hecho de la defensa de La Laguna uno de sus ejes vitales. Adrián Alemán fue uno de ellos y, curiosamente, también podríamos considerarlo un auténtico hombre renacentista, pues ya hemos hablado aquí de la variedad de disciplinas en las que destacó.

Con su muerte, la vieja Nivaria pierde uno de sus baluartes. Su magisterio sirvió para transmitir a muchos jóvenes su ilusión por esta ciudad, lo cual asegurará nuevas generaciones de laguneros tan comprometidos como él. A mi me queda el recuerdo del Adrián que fue bachiller antes que maestro, pero que ya sentía La Laguna como una prolongación de su ser. Por ello, me reconforta pasear por las calles que tanto quiso, pues sé que parte de su esencia ha pasado a formar parte del aire de esta ciudad.